
Agustina Caride
Cuentos con historia
Aventuras y leyendas
de la historia argentina
Investigación histórica: Andrea Pereyra
Ilustraciones: Fernando Martínez Ruppel
EDICIONES
Lea

Agustina Caride

Cuentos con historia

Aventuras y leyendas de la historia argentina

Investigación histórica: Andrea Pereyra
Ilustraciones: Fernando Martínez Ruppel

Cuentos con historia
es editado por
EDICIONES LEA S.A.
Av. Dorrego 330 C1414CJQ
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
E-mail: info@edicioneslea.com
Web: www.edicioneslea.com
ISBN 978-987-634-665-8
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Fiestas mayas

El Bicentenario no es un simple feriado. En esta fecha celebramos uno de los acontecimientos más importantes sobre los cuales se construyó nuestro país.

Así había empezado a hablar la señorita Silvia cuando miró la hora y se dio cuenta de que iba a sonar el timbre.

–Tienen una semana para traerme el trabajo. Todavía no saben hacer monografías, pero iremos puliendo el tema a lo largo del año. Les pido que traten de ser originales; no quiero que repitan lo que yo acabo de decir.

–¿Seño? –el que levantaba la mano era Augusto, el más vago de la clase– ¿podemos usar Internet?



–Por supuesto, pero no creo que ahí encuentres muchas originalidades.

El timbre sonó y todos corrieron a sus casas. No muchos se fueron pensando en el trabajo; sabían que tenían una semana y eso les daba tiempo. Sin embargo, hubo uno que se quedó enganchado con dos palabras: "monografía" y "originalidad". Francisco tiene doce años; "casi trece", suele decir él para parecer mayor, pero la verdad es que le falta cursar todo el año para cumplirlos. Su hermano César tiene diecinueve y para él es lo más grande que hay, no por ser mayor ni más alto, sino por ser su único hermano. César iba a la facultad y ya había tenido que entregar dos monografías así que, para Francisco, el hecho de tener que hacer una le hacía pensar que no estaría tan lejos de su hermano. El problema estaba en la otra palabra ¿Cómo hacer para escribir algo original? ¿Dónde ir a buscar algo que no estuviera en Internet?

En lo primero que pensó fue en César; seguramente él sabría decirle. Esa tarde lo esperó y, ni bien escuchó la llave en la cerradura, corrió a su encuentro.

–Dejame pensar. Algo que no sea lo común… ¡Ya sé!

A Francisco se le iluminaron los ojos y se le hicieron eternos esos minutos que, más que tres puntos suspensivos, parecían millones. Entonces César empezó a contarle sobre los fusilamientos en la Plaza de Mayo.

–Vení que te lo explico con los soldaditos –dijo.

Entre los dos armaron, con bloques, la actual Plaza de Mayo, que en aquel entonces se llamaba de La Victoria. Justo enfrente, construyeron la Plaza de Armas.

–¿Ves? –decía César– por acá, debajo de un arco, se hacían los fusilamientos y se colocaba la horca –y entonces le señalaba un lugar medio impreciso, donde ubicó un bloque a modo de tablado.

Los soldaditos que pusieron no eran en realidad soldados, sino que tenían que imaginarlos como personas del pueblo que se acercaban a mirar. Los pusieron sin un orden, medio desprolijos porque así fue como César dijo que había que ubicarlos. Francisco no terminaba de entender cuál era el sentido del espectáculo, por qué tomarse el trabajo de ir a ver cómo mataban a otro; pero se consoló sabiendo que eso ya había terminado, que había pasado hace mucho tiempo y que, ahora, era un simple juego.

Entonces armaron una pared, pusieron a un soldado contra ella y después pararon, frente al acusado, a los que tenían posición de disparo.

–Martín de Álzaga, se lo acusa de participar en la organización de

una conspiración contra el Primer Triunvirato. ¿Tiene algo más que decir?

–¡No, señor!

–Ya que no reclama su inocencia, y ya que fue delatado por el esclavo Ventura, será ejecutado en nombre de la Patria –César le dio la orden a Francisco para que sacudiera a los soldaditos imitando la descarga de los fusiles. Después, él mismo se ubicó entre el pueblo y, tomando a la gente con sus manos, los hizo gritar:



–¡Viva la Patria! ¡Mueran los traidores!

El juego duró hasta la hora de la cena. Además del señor Álzaga, cayeron otros que habían participado en la conspiración y otros tantos que terminaron ahorcados por un finito hilo color azul, préstamo de la mamá. Sin embargo, después de la cena y al volver a su habitación, Francisco sintió que aquello no le gustaría a la maestra. Era original; seguramente nadie escribiría sobre los fusilamientos, pero algo le decía que tampoco era tema para su monografía. Entonces esperó al día siguiente y buscó al padre. Tal vez él podría agregar algún detalle que a César se le hubiera escapado.

–Ya sé. A esta plaza le falta la Pirámide –le dijo el papá.

Entre los dos buscaron más bloques y la construyeron lo más fielmente posible a la actual. El papá le explicó que la verdadera, no aquélla de bloques, era hueca por dentro porque no habían tenido tiempo de terminarla. También le contó que, sobre ella, se habían escrito los nombres de los primeros caídos en la lucha por la Independencia. En realidad, no se acordaba de los nombres: pero para eso sí sirvió buscar en Internet.

A Francisco le seguía faltando algo. Una monografía debía tener varias hojas. Había visto las de César y, con los fusilamientos y la Pirámide, sólo llegaría a unos renglones. ¿Qué más podía sacar de su maqueta? O mejor dicho: ¿quién podría agregarle el toque final, el broche de oro para aquel día de mayo? Tenía que ser alguien más viejo, la persona más cercana a esas fechas. El problema era que no conocía a nadie que hubiera estado ni en 1810, ni en los años siguientes, cuando fusilaron a Álzaga o hicieron la Pirámide. El único que se acercaba era el abuelo. "Sí", pensó Francisco. Tal vez el abuelo pudiera completar su historia, aunque no fuera tan viejo. Lo llamó por teléfono y, sin darle muchas explicaciones, lo invitó a tomar la leche al día siguiente.

–Abuelo, ¿qué más pasó ese día? –y, para sorpresa de Francisco, su abuelo le contestó:

–La historia no se construye en un día, sino a partir de varios. No importa tanto lo que pasó el 25 de mayo, sino todo lo que pasó antes, hasta llegar a ese día. En ese entonces, nadie pensaba en el 25, sino en una semana entera.

–Abuelo, ¿no iban al cole durante una semana?

–No, ¡iban a las Fiestas Mayas!

Eso sí que era una novedad: tener a los indios durante una semana y vivir un feriado eterno, sí que era original. Aunque, pensándolo bien, nunca había escuchado que los mayas vivieran en la Argentina, tan lejos de donde él los había estudiado.

–Ay, mi hijito: “mayas” no es por los indios, sino por celebrarse durante el mes de mayo –dijo el abuelo.

Entonces le explicó a Francisco cómo el pueblo salía a festejar. Había que iluminar la plaza, lo cual no fue fácil en la plaza de bloques, pero lo que sí pudo hacer Francisco fue adornarla con hojas. En ese entonces, bajo ramas de olivos, algunos bailaban sobre un tablado y otros cantaban canciones a la Patria y a la libertad. “Imaginate –le dijo– que nada era como ahora; la ciudad era baja, los hombres se levantaban y se iban a pescar, con su caña al hombro, hasta el río; las calles no tenían asfalto sino que eran de tierra y barro; y no existían las bombitas, sino que iluminaban con fuego dentro de unas jaulas de hierro”. Lo que más le divirtió a Francisco fue saber que la gente se llevaba su propia silla cuando iba al teatro, y también sus velas.

Era otro espíritu. La Plaza y los palcos se llenaban de banderas, así que entre los dos pintaron unas franjas celestes y blancas y las distribuyeron entre los bloques de colores. También agregaron cañones, porque el abuelo le contó que el 25, con los primeros rayos del sol, se saludaba al día festivo con salvas de cañones que se mezclaban con los gritos de la gente. Frente a la Iglesia había que concentrar a un par de personas y, como ya casi no tenía muñecos, Francisco moldeó con masa a aquellos que irían a presenciar el tedeum. Del otro lado, colocaron a un par de esclavos que luego serían liberados.

–La gente disfrutaba, bailaba, cantaba o veía las representaciones. Seguramente no fueron conscientes de que estaban construyendo una identidad nacional –al decir eso, el abuelo se quedó mirando por la ventana, como si el viento se hubiera llevado algo.



Una vez a solas, Francisco se paró frente a su Plaza de plástico. Para iluminarla habían puesto lucecitas de navidad y él pensó que en aquella época debió ser así, casi como Navidad. Entonces se dio cuenta de que ni su abuelo, ni su papá, ni César, y mucho menos él, habían vivido una cosa así. Fue en ese momento cuando Francisco se dio cuenta de que ya tenía la historia original, las Fiestas Mayas, y el tema de su monografía: recuperar el espíritu festivo para el Bicentenario de la Patria.

¿Sabías qué...?

En 1812 la Logia Lautaro provocó la caída del primer Triunvirato, acusándolo de debilidad frente a la amenaza externa. Por otra parte, se exigió la convocatoria de una Asamblea General Constituyente que comenzó a sesionar el 31 de enero de 1813. El 5 de mayo, la Asamblea del año XIII estableció el 25 de mayo como fiesta cívica anual, a celebrarse en la Plaza de la Victoria. Estas fiestas, denominadas Fiestas Mayas, ayudan en el proceso de construcción de identidad del Río de la Plata. Ya en 1812 se había suprimido el paseo del Estandarte Real y toda exteriorización a favor de Fernando VII.



La llave de Inacayal

Ya en la entrada sintieron un aire que se les metía adentro. Frío no podía ser, porque estaban en primavera, no soplaba el viento y el sol calentaba el guardapolvo. Tenía que ser entonces lo que decía Manuel: cuando el aire se te mete adentro, es miedo. Lo decía tan seguro que hasta parecía un valiente al decirlo.

–¿Qué les pasa? Son estatuas, ¿no ven? Además, se parecen al león de *La Era del hielo*. ¿Cómo se llamaba ese personaje?

Los dos miraron a ver si lo que decía Manuel era cierto. Y sí: aquellos dos tigres custodiando la entrada se parecían al personaje de *La Era del hielo*. Manuel tenía esa facilidad, todo lo convertía en juego, en película, en fantasía. Tal vez por eso no tenía miedo. Mientras sus amigos subían las escaleras alejándose de las fieras, él lo hacía contando escalones.

Una vez adentro volvieron a sentir el frío. El hall de entrada era redondo y en el centro había una estatua del fundador del museo. La señorita iba explicando a medida que entraban: “En 1877 el gobierno de la provincia de Buenos Aires aceptó la donación de sus colecciones y lo nombró director del Museo de La Plata”, contaba. El resto de los compañeros miraban hacia el busto, algunos atentos a las palabras de la seño, otros simulando atención. Sin embargo, ellos no estaban interesados en la historia del fundador; en cambio, miraban hacia arriba las víboras pintadas en las paredes y la cúpula del centro con la mayoría de los vidrios rotos.



–Por ahí se cuela el frío –dijo Mora, que era la menos fantasiosa del grupo.

–No creo, yo lo siento en los pies –le respondió Nicolás en voz baja, casi al oído para no llamar la atención de su seño.

Inmediatamente después fueron conducidos por un pasillo ancho hasta la primera sala, donde los restos de un dinosaurio esperaban ser visitados. Todos miraban sus huesos, comparaban los dedos con los propios, hacían algún chiste, se empujaban o codeaban, o también le hablaban al pobre dinosaurio. Mora quería avanzar; no le encontraba el interés a aquella masa de huesos, pero lo malo era que todo en el museo era así: puros huesos y nada más.

–¿Qué pueden decirnos los huesos? –la pregunta la hizo al aire, pero sabía que Manuel la atraparía en vuelo y le contestaría algo. Sin embargo él no dijo nada, porque no estaba a su lado, sino que se había ido hasta el borde de unas vitrinas. Mora y Nicolás se miraron con ojos de picardía. ¿Qué estaría tramando?

–¡Miren! Todas las vitrinas están cerradas con llave… ¿Se dieron cuenta?

–Y sí, Manu, es para que nadie se robe nada.

–Pero si tienen que cambiar el papelito o si tienen que limpiar, ¿cómo harán?

–Muy fácil, buscan la llave.

Manuel señaló hacia delante. El salón de al lado era un gigante círculo lleno de vitrinas, una al lado de la otra. Cientos, miles de cajas de madera, con un vidrio y una cerradura. Hacia la derecha se encontraban los mamíferos embalsamados; en el centro, las aves; a la izquierda, las víboras y los invertebrados. Desde ese momento ya no pudieron ver más, y mucho menos escuchar. Otro aire se les había metido adentro y, según Manuel, era el aire de la intriga. ¿Dónde guardarían tantas llaves?

La guía continuaba contando y explicando. Nicolás propuso preguntarle a ella sobre las llaves, pero Mora, que era la más racional del grupo, le aconsejó que se callara. Lo mejor sería descubrirlo por ellos mismos y, para eso, debían explorar el museo. Una posibilidad estaba debajo de cada vitrina, pero las puertitas también estaban cerradas. Podría ser que las llaves estuvieran sostenidas por una cinta scotch; pero no, ni siquiera tirándose al piso descubrieron algo. Lo que sí descubrieron fue que se habían quedado solos. Estaban tan absortos en su búsqueda, que el grupo había avanzado y desaparecido quién sabe por dónde. Mora y Nico empezaron a mirar hacia todos lados, un poco preocupados. Manuel, en cambio, los tranquilizó; jamás se irían sin ellos del museo. Seguramente los

demás habían recorrido toda la planta baja y ahora se encontraban en el piso superior.

La escalera comenzaba en línea recta, desde el busto del fundador; pero a los diez escalones (más o menos, porque no los contaron) se dividía en dos. Manuel propuso un juego: los varones irían por la derecha y Mora, por la izquierda.

–Está bien –aceptó ella–. Nos encontramos arriba.

–O no –le contestó Manu–. Mirá si conducen a lugares diferentes...

Como ella no tenía el poder de la imaginación de su amigo, no se asustó. Sabía que se reuniría con ellos en el mismo lugar. Y algo así sucedió, aunque no tan así. Las dos partes de la escalera llegaban al mismo sitio. Hacia un lado se abría el círculo que conducía a nuevas salas y, seguramente, al reencuentro con los compañeros. Hacia el otro lado, cuatro escalones misteriosos desaparecían en una doble puerta de madera, con un cartelito que decía "Área restringida".

Los tres amigos se miraron y, sin dudarlo, pusieron la mano sobre el picaporte, convencidos de que también allí alguien habría echado llave. La sorpresa fue descubrir que la puerta se habría a un angosto pasillo lleno de más puertas. Probaron en la primera y nada, cerrada. La segunda, la tercera, la cuarta y hasta la quinta, cerradas. Mora y Nico se habían olvidado del frío, al contrario, habían entrado en calor. La sexta puerta fue la mágica, porque se abrió sin oponer resistencia. Adentro había un escritorio y un armario.

–Como el de Narnia –dijo Manuel, entusiasmado.

Era parecido, aunque mucho más grande. Era muy angosto y ocupaba toda la pared, de punta a punta. Los tres se miraron queriendo el privilegio de abrirlo, pero en el fondo sabían que aquel honor tenía que ser de Manuel. Era una sola puerta que, al abrirse, dejó ver el secreto que buscaban. Ahí, colgadas y rotuladas, con un cartelito y un nombre, estaban las llaves del museo. Todas eran iguales, de un metal plateado y chiquitas; salvo una, que era grande y dorada, de un amarillo brillante como el sol o como el oro.

–Es la llave de una puerta. Esta no es de vitrina. ¿Ven? ¡Es demasiado grande para vitrina! –dijo Mora.

–No, para mí esta llave te abre a otro mundo –dijo Manuel, que ya se estaba imaginando un lugar montañoso y nevado.

–¿Y si es la llave personal del fundador? –preguntó Nicolás.

Sólo había una manera de averiguarlo. Tomaron la llave con cuidado y volvieron al pasillo de las mil puertas. Los dos varones corrieron a probar en la de enfrente, pero Mora los detuvo. Si la llave era diferente, la puerta también tenía que serlo. Así que sólo bastó con mirar para darse cuenta de que todas las puertas eran exactas,

menos una: la última al final del pasillo.

Ellos mismos parecían embalsamados, quietos frente a la puerta. La llave la tenía Manuel, pero quiso darle el honor a Mora, tal vez para que ella también descubriera la magia. La llave entró con facilidad y giró dos veces. Antes de abrir, Mora no sólo buscó la complicidad de sus amigos, sino también comprobar que nadie los estuviera viendo. Manuel presentía que en aquel cuarto se escondían los misterios del museo. Nico, precavido, propuso volver con el resto del grupo. Ya era tarde; la puerta se había abierto a la decepción. Sobre una mesa de trabajo, solamente huesos y más huesos.

–¡No puede ser! Tiene que haber algo especial. ¡Busquen! –dijo Manuel.

–Volvamos. ¿Y si nos perdemos?

–El fundador era un gran explorador, ¡que él nos vuelva a guiar!



Las risas retumbaron. En ese momento volvieron a sentir un aire que se colaba entre sus propios huesos. Hasta Manuel se cerró la campera diciendo que no era por frío, sino por respeto. No había carteles, porque aquella no era una sala de exhibición. Tampoco había nieve ni montañas, pero sintieron que igual estaban en otro mundo, que aquello no pertenecía al museo. Miraron los huesos con cuidado, cada vez más de cerca. Entonces se les paralizó el corazón: ¡Los huesos eran humanos! Pero no pertenecían a una sola persona, sino a varias. ¡Era toda una familia!

Mora, sin saber por qué, se guardó la llave en el bolsillo.

–Es una familia real, por eso la importancia de la llave –dijo.

–De la época de la colonia –quiso inventar Nico.

–No, no estarían acá –volvió a decir Mora, que todavía le costaba desprenderse de su cuota racional.

–Si es un museo de animales. ¿Quiénes pueden ser?

–¿A quién se puede mostrar como animal?

–¿Serán de un Tarzán?

–A Tarzán lo llevaban a Londres, dudo que lo trajeran hasta acá.

–Acá hay un cartelito que dice “Inacayal”. ¿Quién habrá sido?

–Parece nombre indígena.

El aire era cada vez más frío; ya era cosquilleo. Mora salió última, pero no volvió a cerrar con llave. Caminaron apurados, sin querer volver la vista atrás. Al llegar a la escalera, escucharon las frases de la guía que llegaban desde abajo: “Y un día –decía–, sobre esa escalera monumental, apareció Inacayal, el cacique Tehuelche. Había sido traído junto a su familia como muestra viviente en el museo…”.

Manuel, Mora y Nico se miraron. Empezaban a entender la importancia de aquellos huesos. Emocionados, escucharon el final de la historia contada por la guía: “Cansado de vivir como el hombre blanco le ordenaba, Inacayal se arrancó la ropa con la que lo habían vestido, señaló sus tierras hacia el Sur y falleció”.

Mora, Manuel y Nicolás se unieron a sus compañeros, que les preguntaron dónde se habían metido.

–Se perdieron toda la explicación del primer piso.

Los tres se miraron y sonrieron. No se habían perdido nada; al contrario, habían visto mucho más que el resto de sus amigos. Nico, por primera vez, no tuvo dudas; supo que había estado con un cacique de verdad. Manu confirmó que la realidad supera a la fantasía. Y Mora, al palpar la llave, escuchó todo lo que le habían dicho aquellos huesos.

Afuera, el aire ya no era aire; parecía viento, un viento frío, como el que sopla en el sur del país, allá por las tierras de los tehuelches. Los

tres se miraron; sabían que, al abrir la puerta, por fin habían liberado al cacique de su pasado.

¿Sabías qué...?

La tercera y última fase de la llamada Conquista del Desierto se centró en la región de Neuquén. Inacayal y otros caciques acordaron no entregarse y resistir, incluso aquellos que habían simpatizado con los huincas (blancos). Hacia el mes de diciembre, muchos de los caciques habían sido vencidos. Con la ocupación real de la mayor parte del Neuquén los caciques comprendieron que era muy difícil resistir. A partir de 1884 se fueron entregando. Inacayal, cacique de una toldería tehuelche, fue rescatado por Francisco Moreno de los talleres navales de Tigre, donde había sido asignado luego de ser deportado como muchos otros. Fue llevado, junto con su familia, a vivir al Museo de Historia Natural de La Plata con fines que aún generan dudas. En 1888, murió. Sus restos fueron devueltos a su tierra y descendientes el 19 de abril de 1994.

El milagro de Milagros

Existe un sinfín de frases que los padres de Milagros no paran de repetir: “No hagas eso”, “No comas con las manos”, “No hables con la boca llena”, “¿Qué se dice?”, “Lavate los dientes”… y muchas otras más. Pero hay sólo dos que nos interesan para contar esta historia: “Los fantasmas no existen”, que es una frase que suele contestar a los miedos que Milagros tiene a veces por las noches; y “Ponete el cinturón de seguridad”, frase que suele abreviarse con la pregunta : “¿Te pusiste el cinturón?”. Por lo general ella prefiere la pregunta; suena más dulce que la primera opción que, indiscutiblemente, es una orden.

Lo que sucede es que, de tanto repetirlas, Milagros dejó de escucharlas. Es por eso que sigue hablando con la boca llena, se olvida de lavarse los dientes y, sobre todo, está convencida de que los fantasmas existen y no logra acordarse, al entrar al coche, de ponerse el cinturón. Fue por eso, y no por rebeldía, que en aquel viaje a Corrientes ella iba suelta como el viento dentro del vehículo, cuando un camión descontrolado los obligó a salir de la ruta.

Pero eso pasó después. La historia en realidad empieza cuando los papás de Milagros decidieron ir unos días a Corrientes. Era verano y hacía mucho calor. En verano, en esa provincia no llueve y la tierra está tan seca que se pega en los talones y entra hasta la casa. La idea era un poco descabellada, pero los tíos de Milagros vivían en Villaguay, Entre Ríos, y desde ahí seguir hasta Corrientes era casi como ir a la casa de un vecino. Además, el 8 de enero se cumplía no sabían bien qué aniversario de la muerte del Gauchito Gil, y los papás querían ir a las distintas celebraciones. A Milagros le sonaba cuento eso del Gauchito; no entendía por qué era tan importante alguien que se llamara Gil. ¿Cómo podían festejar su muerte como se festeja la de los próceres? ¿Qué podía tener de importante? Aunque, pensándolo bien, dedujo que de gil no tendría nada para lograr que una multitud de gente se trasladara hasta esa provincia, en pleno verano, con esos calores de sol metiéndose entre las sombrillas y atravesando con sus rayos ultravioletas todas las pieles bien encremadas de protectores solares. No, definitivamente no era gil. Pero ¿quién era?

El padre, como buen hombre que era, le dio la versión política y guerrera del asunto.

–Fue un gaucho que dejó de trabajar en el campo porque tuvo que alistarse en el ejército. Luchó, allá por el mil ochocientos sesenta y pico, en la guerra que se llamó De la Triple Alianza, cuando se juntaron Argentina, Brasil y Uruguay para luchar contra Paraguay. Al volver, otra guerra se desataba en el país y a él lo tomaron para luchar en la guerra civil correntina, por el Partido Liberal…

–Sí, sí, sí –lo interrumpió Milagros, que ya se había olvidado de los nombres y que no entendía nada de guerras. Sí entendía que, si no estaba en los manuales de la escuela, era porque había hecho otra cosa, y no por luchar contra los paraguayos. La madre, por supuesto, pudo aportar un par de detalles más femeninos y mucho más interesantes.

–Su nombre verdadero era Antonio Mamerto Gil Nuñez. Y lo que te dijo tu papá es cierto, sólo que no te dijo que a la Triple Alianza fue a pelear porque en realidad se estaba escapando de un comisario malvado. Resulta que Antonio se había enamorado de una chica y ella también le correspondía su amor. Pero el malvado comisario la venía cortejando hacía tiempo (eso significa que ya le había echado el ojo y por eso se sentía su dueño). No soportó la idea de perderla entre los brazos de un simple gaucho y entonces comenzó a perseguirlo. Por eso se fue a la guerra.

–¡Ah! –exclamó Milagros, mucho más satisfecha con esta historia. Con eso le bastaba para querer ver cómo la gente le ponía flores y le armaba pequeños altares, o cómo tocaban bocina para que los guiara en el camino. Lo que pasa es que Milagros todavía no tenía edad suficiente para preguntar y re preguntar. Por eso mismo, porque no tenía la edad para saber ciertas cosas, fue que su madre omitió el pequeño detalle de contarle cómo había muerto, colgado de un árbol boca abajo, ni cómo lo habían abandonado, ni cómo después lo habían enterrado, desenterrado y vuelto a enterrar. Era demasiada información que, además, Milagros no reclamó.

Partieron en el auto un martes siete; pero, como estaban de vacaciones, no importaba el día. Era una mañana calurosa y Milagros estaba molesta, sentía que la remera se le pegoteaba en el cuerpo, que chorreaba agua por su cuello y que el pelo le pesaba sobre los hombros, a pesar de las dos colitas. Unos cuantos kilómetros antes de llegar a la ciudad de Mercedes, justo en el medio de la provincia de Corrientes, detuvieron el auto en una estación de servicio para hacer pis y comprar un jugo, mucho jugo. Ya faltaba poco para llegar; la idea era parar en un hotel y, al día siguiente, descansados, ir a conocer el santuario. Sin embargo, al subir al auto, ya sea por el calor, por la molestia, por la ansiedad de llegar, por la sed y el deseo de tomarse

todo el jugo, Milagros se olvidó de ponerse el cinturón de seguridad. La madre dijo la frase; ya la tenía incorporada y la repetía como loro en el mismo instante en que cerraba su puerta. Como si la puerta, al cerrarse, activara una grabación que decía:

–¿Te pusiste el cinturón?

–Sí, sí –contestó Milagros mientras intentaba beber y cumplir con la orden al mismo tiempo.

Como la sed era más fuerte, abandonó la obligación y la seguridad, y prefirió ocuparse del tentador líquido naranja. En eso estaba, tratando de hundir la pajita para tomar hasta la última gota, cuando escuchó el grito de su madre y vio, de reojo, que por el vidrio de adelante un camión enorme estaba a punto de aplastarlos, como si fuera una ballena gigante que abría la boca para comérselos. Sintió el volantazo, el chirrido de las ruedas sobre el asfalto; vio el jugo que volaba por el aire dentro del auto y después no pudo entender nada más. Todo estaba oscuro y eso le daba miedo, porque en la oscuridad era cuando podían aparecer los fantasmas.

Abrió los ojos y buscó darles luz. El auto estaba al borde de la ruta, salido del camino, pero no podía ver a sus padres ni adentro ni afuera. Las puertas estaban abiertas y, lo más importante, es que el auto estaba dado vuelta y las ruedas, en cámara lenta, giraban como queriendo arrancar. Al intentar pararse, no pudo; y se hubiera asustado de no haber sido por una mano que se ofrecía para ayudarla. Milagros miró hacia el cielo y vio a un hombre de unos casi cuarenta años, con una vincha en la cabeza, un pañuelo al cuello y una faja en el pantalón, todos de color rojo. La ayudó a incorporarse y le preguntó si estaba bien. Milagros asentía con la cabeza, todavía un poco desconcertada; le dolía el cuerpo y todavía sentía, como en el recuerdo, la sed en la boca.

–¿Cómo te llamás? –le preguntó el hombre.

–Milagros.

–Me lo imaginaba, por algo te deben haber elegido ese nombre.

–¿Por qué?

–¿No viste dónde quedó tu auto? –Milagros miró hacia el vehículo, pero seguía sin entender lo que quería decirle–. Saliste volando. Si yo no estaba para atajarte no sé qué hubiera pasado.

Fue tal la vergüenza que no se animó a decir nada más. El hombrecito se alejó, dándole una palmada en el hombro. Milagros lo vio irse sin saber de dónde había salido, sin animarse a preguntarle ni el nombre. Tímidamente caminó hasta un algarrobo que había cerca y se sentó debajo del árbol a esperar. Estaba arrepentida y sabía que sus padres, al enterarse, la matarían. Así, acurrucada entre sus

piernas, se quedó dormida.



–Milagros, mirame, abrí los ojos por favor. ¿Estás bien?

Era su mamá la que le hablaba. Sintió frío y notó que tenía la cara mojada. El papá había ido hasta una zanja a buscar agua para tratar de despertarla. Los dos la miraban con una mezcla de alivio y terror que ella no entendió. Simplemente se había dormido, ¿por qué tanto lío? Lo bueno fue que en ningún momento hablaron del cinturón; era como si éste se hubiera soltado, como si los autos de hoy en día fueran una porquería en los que no se puede confiar. Nadie la retó; al contrario: la abrazaban, la besaban y le agradecían al cielo.

Al rato llegó una ambulancia y un camión remolcador. Ya era de noche cuando entraron a la ciudad y se hospedaron en un hotel. Al día siguiente, más que nunca, sus papás insistieron en ir hasta el santuario del Gauchito Gil. Milagros no entendía por qué ahora era distinto. Todavía le dolía el cuerpo, estaba llena de moretones y prefería hacer otra cosa, como quedarse en la pileta del hotel.

–No –le dijo la mamá–, tenemos que ir a agradecer el milagro.

Después de la macana que se había mandado al no ponerse el cinturón, no quiso ni decir "mu". Se vistió sin chistar, agarró su muñeca para entretenerse por si el viaje era largo, y se subió al micro que los trasladaría. Antes de llegar, Milagros empezó a sentir algo raro. Sobre la ruta había un montón de puestos que vendían distintas cosas con la cara de su hombrecito de vincha, pañuelo y faja roja. ¿Qué tenía él que ver con el Gauchito Gil? Tal vez, pensó, era el dueño de todas esas tierras, o el que permitía la entrada al lugar. Cuando se bajó del micro la cosa había empeorado; ya no entendía nada: la gente se amontonaba y le rezaba a su amigo, pero al mismo tiempo los vendedores gritaban "¡Estampitas con el Santo!" y mostraban la cara del que la había salvado. También había estatuas de él y la gente rodeaba el cuello con rosarios que besaban antes de colocarlos. Sí, estaba segura de que era el mismo que ella había visto, con esos ojos negros, esos bigotes y el pelo un poco largo.

Llegar al Santuario no fue nada fácil. Debajo de los árboles la gente colocaba cintas rojas que quedaban colgando de las ramas como brazos de un pulpo. La mamá le explicó a Milagros que allí, en un algarrobo, había muerto el Gauchito Gil. No le dijo que lo habían colgado de un pie, cabeza abajo, que lo habían degollado y que aquellas cintas rojas simbolizaban el hilo de sangre que había extendido por la tierra seca, como si, al desangrarse, hubiera formado un río. Finalmente pudieron llegar. La mamá de Milagros sacó de su cartera la chapa del auto y la colgó cerca de un cuadro con la figura de un gaucho. Mientras lo hacía, el padre le explicó que estaban vivos de milagro y que por eso querían ofrecerle las gracias al Gauchito Gil.

En ese instante ella entendió lo que había pasado, supo quién la había ayudado y descubrió que, después de todo, los fantasmas sí existían.

¿Sabías qué...?

El Gauchito había sido convocado por el coronel Zalazar para pelear contra los celestes, pero él se negó alegando que no se debía pelear entre hermanos. Automáticamente, fue considerado desertor. Fue atrapado y, en el camino a su juicio, el coronel decidió matarlo. Sabiendo que iba a morir, Gil le hizo una advertencia que sonó a profecía. Al regresar a su casa, el coronel encontró a su hijo enfermo, a punto de morirse. Invocó el nombre del Gauchito Gil para que sanara al niño. Entonces se produjo el milagro y el pequeño se salvó.



El color hace a la historia

Mario apenas tenía cinco años cuando empezó a protestar por su color de piel. Era oscura, brillante, fuerte… pero distinta. No era como la de Camila, una compañerita del jardín que tenía cabello rubio y piel de porcelana. La suya era muy diferente y le molestaba. Por más que le explicara y le explicara, la mamá no pudo hacerle entender que el color no hacía la diferencia.

–Sí, a veces el color hace la diferencia –corrigió el abuelo.

Entonces comenzó a contar la historia de un esclavo llamado José María. Su madre había llegado desde el otro lado del mar en un barco cargado de negros. El abuelo contó también cómo ella había trabajado de esclava para una familia de Buenos Aires y cómo lo había amamantado por las mañanas y por las noches, creyendo que de esa forma eternizaría su amor. Cada vez que Lourdes ponía en su pecho a José María, sentía que no era el líquido lo que entraba, sino ella misma, y de esa forma perpetuaría una unión destinada a quebrarse.

El abuelo hablaba como si leyera, o como si supiera cada palabra que iba a decir; es por eso que Mario nunca pudo olvidar aquella historia: por lo real, por lo tierna y por el tono que el viejo usaba al contarla.

Ella le cantaba por las noches, hasta verlo dormido, calentito en la cama por la cercanía de su propio cuerpo. Los dos estaban felices a pesar del cansancio, porque era ése el único momento en que entraban a otro mundo, uno más justo y menos doloroso.



Pero incluso las noches duraron poco: una noche los separaron y, desde entonces, José María no volvió a dormir bien. Tenía seis años y recordaría esa imagen para siempre: la oscuridad, la mano del amo apretando sus muñecas y el estoicismo de su madre que, al despedirse, le dijo:

–Vas a ser libre algún día. Lo sé. Sos joven, tenés la libertad por delante.

Durante muchos años, José María siguió escuchando la frase. También, siguió sorprendiéndole que su madre dijera "libertad" en lugar de "vida".

Ni siquiera sabía su verdadero nombre, o el que su madre le hubiera querido poner, porque ya en casa de sus primeros dueños alguien lo había bautizado como José María. Un día, trabajando en el campo, le avisaron que había llegado una carta para él. Como no sabía leer, fue la cocinera quien le dio la noticia:

–¿Vio, jovencito? ¡Se va al campamento del General a luchar por la libertad! Póngase contento, hombre –al decirlo, le golpeaba la espalda.

Era verdad. Ante la necesidad de soldados, San Martín pidió esclavos al Cabildo de Mendoza. El mismo General, de su puño y letra, le había pedido a Doña Palacios que liberara a su jovencito del miserable estado de esclavitud, ofreciéndole cincuenta pesos por dicha entrega, la cual debía realizarse lo más rápido posible.

El abuelo le contó a Mario que el campamento estaba ubicado en las afueras de la ciudad de Mendoza y que a José María le había parecido inmenso, casi inabordable. Sin embargo, la multitud debió reconfortarlo, no por verse protegido en el anonimato, sino porque, sin saberlo, descubría algo que nunca había tenido en su infancia: la fantasía. Fue ése el sentimiento que lo impulsó a caminar más rápido hacia el campamento. No lo motivaba la famosa lucha por la libertad, ya que aquélla no era ni sería su lucha; ni el orgullo de servir a su país, porque él no pertenecía a ningún país; sino el hecho de que por primera vez se sentía parte de algo. Sin embargo, el recorrido duró poco: apenas avanzó unos pasos, un hombre uniformado, tomándolo del brazo, le pidió el documento que atesoraba en su mano. Tras leer el papel, el hombre se presentó como un soldado del regimiento número 8 y le pidió que lo acompañara, explicándole que debía alistarse en la milicia y que a la brevedad le asignarían una tarea.

–¿Sabe coser? El fraile necesita ayuda en los talleres, podría ser de utilidad allí –dijo.

–No, señor –respondió José María.

–Dígame, jovencito ¿sabe usted hacer algo?

No supo qué contestar.

Finalmente, lo asignaron como centinela en la fábrica de armamento.

Había empezado el invierno mendocino y las noches eran frías; pero él se acurrucaba junto a la puerta y hacía lo que mejor sabía: esperar. Esperaba a que el sol saliera o a que alguien entrara, esperaba descubrir algo o que algo lo descubriera. Todas las noches eran iguales. Sin embargo, para José María eran distintas. Le había asignado a su puesto una ilusión: la de confundir su piel en la oscuridad. Hasta que una noche, algo lo delató: su propia sonrisa.

Por supuesto que no fue así como lo recordaría él; ni siquiera supo que había sonreído. La memoria se limita a recordar, le explicaba el abuelo a Mario, los actos más sencillos, los más insignificantes y que a la vez son, muy probablemente, los más decisivos.

San Martín había dado la orden de entrar a la fábrica en alpargatas, para evitar explosiones. José María no sabía quién había dado dicha orden; sólo sabía que debía hacerla cumplir. Por eso, cuando el General se presentó calzando sus botas, no lo dejó pasar. Con respeto, con miedo, e incluso con vergüenza, le negó la entrada a San Martín. La segunda noche pasó lo mismo. José María, al ver el calzado, dudó. Sabía que no podía dejarlo pasar, pero también sabía que era el mismísimo general San Martín. Tragó saliva, cerró los ojos para no tener que mirarlo de frente, y volvió a negarle la entrada. La tercera noche, sin embargo, la vestimenta fue otra. San Martín llevaba puesto un humilde brin y calzaba alpargatas en lugar de botas.

–Buenas noches, General –dijo José María y, señalándole los pies, agregó–: hoy sí puede pasar.

Fue el negro quien esa noche entró, como cuando era chico, a otro mundo. No fue sueño, fue realidad. El General no había querido desacatar su propia orden, sino que había querido poner a prueba al centinela, convencido de que ninguno se atrevería a negarle la entrada, aun sabiendo que no le miraban los ojos, sino los pies. Pero José María había cumplido con sus órdenes. En reconocimiento, San Martín lo premió con una onza de oro.

Mario escuchaba atento; ya se había olvidado por qué el abuelo le contaba la historia, se había olvidado de su propia piel para meterse en la de aquel esclavo. Cuando el abuelo le contó que habían ofrecido una misa antes de partir, Mario sintió que se arrodillaba junto a José María para rezar.

Por primera vez, el esclavo había asistido a una celebración religiosa donde los blancos incluían a los negros. Esa tarde se rezó por las almas de los guerreros, por la patria y la victoria. José María,

en cambio, no pidió nada; sólo agradeció.

Dio las gracias por esa unión sospechosa, por esa mixtura de colores extraña en esa época. Agradeció las sandalias que llevaba puestas; eran de cuero, pero lo que más agradecía era que estuvieran forradas con lana; dio gracias, también, por la casaca que lo abrigaba; y, sobre todo, por la moneda que palpaba cada tanto, no por miedo a perderla, sino para asegurarse de que no fuera una ilusión.

Al día siguiente emprendieron el cruce por la Cordillera. El general San Martín caminaba entre ellos; vestía una chaqueta forrada por dentro con pieles de nutria y, encima, una capa de campaña con botones que sorprendieron a José María, tal vez porque eran tan dorados como su onza de oro. Mientras se acomodaba el sombrero, el General les daba ánimo, incluso se detenía a saludarlos, a veces con una frase, otras con una sonrisa o simplemente con una palmada. Al llegar frente al ejército negro, muy serio y convincente, les dijo:

–He recibido noticias de Chile. Me dijeron que, si nos derrotaban, los godos venderían a todos los esclavos en el mercado de Lima. Sin embargo, yo les aseguro –y al decir esto se llevó una mano al pecho como si estuviera por hacer un juramento– que no podrán vender a los que sepan combatir.

Se trataba de un artilugio para darles fuerzas, explicaba el abuelo, para sacar de ellos lo mejor posible, incluso para lograr un compromiso que –bien sabía San Martín– no existía. Ningún negro quería pelear por aquella bandera que, además, era blanca. Ninguno veía en aquel escudo un símbolo, ni compartía la euforia que el día anterior se había vivido entre gritos de “Viva la Patria”. Sin embargo, después de las palabras de San Martín, más de uno, incluido José María, deseó estar amparado bajo aquellos laureles, antes que caer sobre las manos realistas.

Esa mañana montaron sus caballos y sus mulas sin saber que, además del fusil, cargaban la historia. Las filas se fueron armando lentamente. Sólo se veía, de tanto en tanto, algún que otro retobado que desobedecía la orden de las riendas, tal vez presagiando lo que le esperaba. A José María lo acomodaron entre las primeras filas, pero la ilusión de aquel protagonismo le duró unos pocos segundos, hasta saber que tendría que compartir la mula con el barretero. Para él, en el ejército no existían más que soldados. Esa mañana supo que un ejército necesitaba mucho más.

Fue la noche la que marcó la diferencia y los retó a seguir. Todo el abrigo que José María tenía era una manta y un fogón que, por experiencia, sabía que no duraría por mucho tiempo. El frío no tardaría en escurrirse entre la humedad de la tierra y su piel. Esa

primera noche no durmió; mantuvo su mirada fija en el fuego rogando que no se apagara; movió los pies y los dedos de las manos para que no se entumecieran, al mismo tiempo que pensó de qué manera podría sobrevivir a las próximas noches. Fue casi de madrugada cuando las primeras luces iluminaron su alrededor: no vio cuerpos, sino montículos, bolas de brazos y piernas entrelazadas para calentarse debajo de su manta. Entonces recordó a su madre abrazándolo en la oscuridad y el calor que la piel emanaba al contacto con el otro cuerpo. Recién unas horas más tarde, caminando junto al barretero, entendió que no sería el frío lo que los mataría.

–¿Querés dormir conmigo esta noche?

El otro hombre lo miró con unos ojos más negros que su negrura. No sabía si darle un palazo o preguntarle si lo había picado una víbora y José María deliraba de fiebre. Se llamaba Cipriano Campana, tenía treinta y ocho años y, a diferencia de él, había intentado dos veces comprar su libertad. No creía en las ventajas de aquella guerra, ni en las palabras del General. Decía conocer bien la mirada del blanco: una mirada que no mira, esquiva, como si ellos, los negros, no tuvieran derecho a ser mirados. O peor, ni siquiera existieran.

–El negro es invisible, muchacho, aprendé eso –le dijo más de una vez, al tiempo que le explicaba que los blancos no tenían conciencia del negro.

El frío, en cambio, no hacía diferencias de color. Al llegar la oscuridad, se colaba por igual entre unos y otros; en ese momento, bajo sus mantas, todos parecían iguales. En el silencio de la negrura ellos dos se envolvieron juntos, como si hubieran sabido lo que era una bolsa de dormir. Así la siguiente noche, y la otra, y otra más.

Al llegar a la cuesta de Chacabuco, San Martín reunió a los soldados y les dijo que atacarían durante la madrugada.

Los soldados dejaron sus mochilas; a media noche comenzaron a descender la montaña. La luna estaba llena y tal vez por eso apenas se veían las luces del campamento enemigo. A José María y a Cipriano Campana les habían dado un sable. No tenían miedo; la noche los protegía, los confundía y les daba la seguridad de que no los verían al atacar. Eran negros, eran invisibles. Tampoco miraron a su alrededor; no vieron trastabillar a los soldados, ni oyeron los desprendimientos de algunas piedras. Caminaban agachados, seguros. Ya casi al amanecer escucharon los tambores y los clarines anunciando el ataque. Los caballos pasaron frente a ellos marcando su importancia con los redobles del galope, pero no los intimidaron. Alzando el sable corrieron en busca de la libertad.

Mario miró al abuelo pidiendo más. Pero eso era todo lo que su

abuelo quería contarle.



–¿Y qué pasó? ¿Quién ganó?

Eso ya no importaba, lo que importaba era saber que el color había hecho la diferencia, que el color también había ganado la libertad de un pueblo. Y, para que nunca se olvidara de eso, el abuelo le regaló a Mario una moneda de un peso. Así, cada vez que fuera a mirarse al espejo, podía palparla en el bolsillo y enorgullecerse por su piel.

¿Sabías qué...?

El Ejército de los Andes estaba compuesto por 5200 hombres que tenían entre 16 y 50 años. Alrededor de 1500 soldados eran negros. El 12 de febrero de 1817, San Martín, por los datos de sus informantes, decide atacar. La victoria llegaría tiempo después. La Asamblea del Año XIII de las Provincias Unidas del Río de la Plata dictó la libertad de vientres en 1813 y la Constitución de la Nación Argentina de 1853 dio por abolida completamente la esclavitud.

Testigas de la historia

La primera en revelarse fue la chica del almacén. Así flaquita como era, con ese flequillo tapándole los ojos, tan calladita… y, sin embargo, un día dijo "¡Basta!". Después, ya no se supo quién la secundó. Las cosas son así, decía mi abuela: se sabe quién empieza, pero nunca quién termina. La historia fue pasando de boca en boca, de abuela a nieta y de nieta a bisnieta. De todos los relatos que ella me contó, éste es el que más me gusta. Supongo, porque es el único donde las mujeres son las protagonistas.

Yo tendría entre ocho y nueve años cuando empecé a preguntar sobre la familia.

–¿Qué querés saber? –preguntaba mamá, siempre ocupada, colgando ropa, haciendo la comida o barriendo los cuartos. Yo iba de acá para allá, atrás suyo, dando saltitos para alcanzarla. Pero nada; el presente no le daba tiempo al pasado. Fue la abuela quien empezó a contarme historias. Primero me contó la suya, su infancia en Villa del Parque, sus amores, el casamiento con el abuelo Adolfo. Pero su historia, me dijo un día, no tenía nada para decir al lado de la de su propia abuela. Entonces me contó lo que ella llamaba "la verdadera lucha por la independencia" y el modo en que un grupo de mujeres había trabajado como espía. No eran muchos los nombres que nombraba mi abuela, pero yo imaginaba a un ejército femenino yendo y viniendo, conspirando contra el enemigo dentro de sus propias casas.



A pesar de ser unas pocas las que ella recordaba, tuve que escribir esos nombres en una libretita, porque eran tan largos y graciosos que no quería olvidarlos: María Loreto Sanchez Peón de Frías, María Petrona Arias (le decían “la China”, pero no sé por qué yo me la imaginaba gorda… tal vez porque “Petrona” me sonaba redondo), Juana Torino de Zorrilla, Juana Moro de López (a estas dos solía confundírmelas), Celedonia Pacheco de Melo de Anzoátegui, Magdalena Dámasa “Machaca” Güemes y, por último, Ana Inés Estévez, la flacucha.

Cada vez que nos veíamos, mi abuela me regalaba un pedacito de historia, como si nuestros encuentros fueran fascículos. Generalmente eso sucedía una vez por semana. Así que yo tenía seis días para darle una cara a la mujer relatada e imaginar cómo sería la ciudad en aquella época. Estaban en guerra. Las mujeres, cansadas de esperar a sus esposos, hartas de ver a la ciudad invadida una y otra vez (la invadieron siete veces; ese número también lo registré en mi libretita porque recuerdo que me había impactado), habían decidido unirse a la lucha.

Por eso, la flacucha, una tarde, dijo “¡Basta!”. Se había cansado de escuchar a su padre lamentándose por la deteriorada situación económica, por los enemigos que entraban y salían de su ciudad como si fuera de ellos. Un día, sin pedir autorización, Ana se levantó de la mesa y, vestida humildemente, partió hasta la orilla del río con una canasta llena de ropa sucia. Era claro que no iba a salvar al país, pero tenía voluntad, carácter y mal humor, según decían algunos por ahí. Al llegar al río se puso a lavar; refrescaba sus manos, liberando rabias y tensiones a través de esos brazos que fregaban cada vez con más energía. Mi abuela dijo que la escucharon hablando sola y en voz alta; siempre creí que nadie podría acordarse de eso después de tantos años. Lo cierto es que aquella tarde, Ana, de rodillas sobre el río Arias, al ver y escuchar al resto de las lavanderas, en su mayoría indias y negras, supo cómo contribuiría a defender la ciudad.

La flacucha empezó a frecuentar el río. Iba de “visita”, aunque en realidad lo que buscaba era información de las sirvientas que, sin darse cuenta, entre chisme y chisme, iban largando prenda. Así me lo contaba mi abuela, y cuando ella me decía “prenda”, al principio creí que le regalaban ropa de sus amas. Me llevó un tiempo entender el verdadero sentido de aquel modismo; cuando finalmente lo entendí, debí abrir los ojos como si hubiera encontrado la pieza faltante en mi rompecabezas.

El problema de Ana vino después: no sabía qué hacer con tanta información. Fue entonces cuando conoció a la que yo imaginé gorda,

pero que le decían China. Era una genia montando a caballo. También tuve un conflicto de palabras en ese momento del relato, porque mi abuela hablaba de amazona: “era una estupenda amazona”, decía. Entonces yo pensaba que la China era una india de buen corazón. Petrona montaba su caballo y cabalgaba, generalmente al oscurecer, hasta el puesto donde se encontraba Güemes con sus hombres. Tanto ella como Ana empezaban a ser jugadores importantes dentro de aquel juego que de juego no tenía nada. Gracias a ellas supieron de un par de maniobras realistas. Mientras en las afueras Güemes defendía terrenos, en el centro de la ciudad otras mujeres, sobre todo señoras de la alta sociedad, empezaban a escuchar chismes sobre dos valientes colaboradoras del coronel general.

Los cuentos de la abuela no tenían ningún orden. Ella se sentaba y, según el ánimo (decía que dependía del clima), me hablaba de las Juanas o de Machaca Güemes. Tal vez Ana había adquirido cierto protagonismo por ser la que había encabezado el relato; pero con el tiempo, como suele suceder, también fue la primera en desaparecer. Los nuevos nombres sonaban en mi imaginación y cobraban vida, como si fueran nuevas muñecas que me regalaban. Sentada a los pies de mi abuela, le tironeaba el vestido y le pedía que me contara más sobre esas mujeres que se disfrazaban para mezclarse entre la gente. “Como *Príncipe y mendigo*”, pensaba yo. Juana Zorrilla se disfrazaba de colla o de gaucho, y se mezclaba entre la gente de la plaza. Ya de grande leí en un libro una crónica donde la nombraban y mi admiración hacia ella creció aún más: era realmente conocida. No es que no creyera en las historias de mi abuela, pero también era fácil sospechar que ella agrandara los detalles o les diera toques de romanticismo para atraer mi atención. Sin embargo, al parecer mi abuela no sólo había sido fiel a la historia, sino que además desconocía parte de la información. Por el libro supe que las malas lenguas llamaban al virrey “La araña colorada”. De haberlo sabido, lo hubiera imaginado no colorado sino rojo, de bronca, de furia, de sangre. En la historia realista (no por ser española, sino por ser la verdadera) fue el virrey quien, al descubrir a la Juana Zorrilla, ordenó que la encerraran dentro de su propia casa, tapando puertas y ventanas con piedras. Esta parte de la historia me impactaba, a pesar de saber que una vecina había roto el muro para pasarle alimentos. Cada vez que mi abuela nombraba al virrey y me decía cómo la había encerrado, yo sufría.

A Doña María Loreto Sánchez Peón de Frías yo le decía “la Fría”, aunque fue, dentro de todos los relatos, la más tierna. Era hija de un funcionario realista encargado de conducir los caudales del rey. Ella

se disfrazaba de vendedora para obtener información y después, como la China, montaba su caballo hasta el campamento patriota. Yo la imaginaba con el pelo al viento, sobre un potro salvaje, color negro bien negro, y con el vestido levantado mostrando las enaguas. Agachada casi sobre las crines, las riendas bien cortitas, María galopaba sin mirar hacia atrás, taconeando a más no poder al mismo tiempo que gritaba “Arre” ó “Vamos, Torbo, vamos”. El nombre del caballo lo inventé yo y no sé por qué lo pensaba en masculino. Supongo que sentiría que un caballo la protegería más, o que el nombre de una yegua no sonaría tan grave, como “Vamos, Estrellita, arre”.

Se decía que era una mujer con un valor inigualable; cada vez que llegaban refuerzos del Perú, ella ingresaba al cuartel realista vestida de vendedora de pan. Se sentaba en el patio, con su pan sobre las faldas y, bajo el pretexto del cansancio, se pasaba un buen rato contando a los soldados. Llevaba siempre un maíz e iba poniendo en sus bolsillos, a modo de contador, una bolita amarilla por cada oficial que sumaba.



En el bolsillo derecho ponía los presentes y en el izquierdo los ausentes. Para mi abuela era medio bruta y no sabía contar. Para mí ahí radicaba su ternura, en esa mágica forma inocente y casera de llevar la contabilidad de todo un ejército. De tonta no tenía nada: había ideado un buzón secreto en un árbol a orillas del río, y los patriotas sabían que, al meter la mano, sacarían mucho más que información… ¡tal vez la victoria de una batalla! La Fría era una de mis preferidas; siempre le pedía a la abuela que me contara más cosas sobre ella y la interrumpía pidiendo más detalles.

Para ese entonces yo ya tendría doce o trece años. No sé cuántos tenía mi abuela; para mí era simplemente la viejita que me visitaba y que, con el tiempo, pasó a ser la visitada. Lentamente había ido perdiendo la memoria; hacía esfuerzos por recordar, cerraba los ojos como si pudiera ver mejor hacia adentro… yo notaba el esfuerzo que hacía por buscar algo para decir. A veces mezclaba los nombres, era entonces cuando yo me daba cuenta de que estaba mal. Por momentos la lucidez volvía, y me contaba cómo la Fría había cabalgado toda la noche para decirle a Güemes que los realistas habían organizado un baile para distraer a la población salteña. O que otra mujer había salido una vez desnuda frente a los soldados enemigos para evitar que avanzaran.

Pero a medida que yo iba creciendo notaba que ella se hacía más pequeña y, por lo tanto, su lenguaje también se limitaba, como el de los bebés. A veces me regalaba una frase, como si se le cayera de la boca; pero después se quedaba sonriendo, mirando a la nada, absorta en sus olvidos. Mamá había empezado a preocuparse por ella; decía que la abuela deliraba, que no lograba armar frases con sentido. Una tarde, mientras tomábamos mate, le pregunté a la abuela por Ana, la flacucha. Ella me miró con esos ojos vidriados y movió la cabeza afirmando.

–Tenía un hijo llamado Andrés –me dijo.

Después de la frase, nos invadió un silencio. Yo no hablaba por decepción, odiaba la idea de darle la razón a mi madre. La abuela seguía mirándome, como si quisiera decir algo o esperando que yo volviera a preguntar, como lo hacía antes cuando ella iniciaba una historia. Decidí darle el gusto, dejarla inventar.

–¿Cómo era el hijo, abu?

–El más valiente –me contestó. Y entonces me contó cómo el chico, a los cuatro años de edad, había subido solo a un caballo y había galopado hasta donde se hallaba su madre, la flacucha, para contarle que el enemigo había vuelto a entrar en la ciudad. Parece ser que un tal Valdés, un general realista, al verlo galopando había dicho:

“A este pueblo no lo conquistaremos nunca”. Cuando volví a mirar a la abuela, ella ya no me miraba, sus ojos se habían perdido en el aire, tal vez en aquel pasado.

–¿No te había hablado nunca de mi papá? –dijo sorprendida, como si fuera yo la que se había olvidado de registrar un detalle tan evidente–. ¿No te mencioné al bisabuelo Andrés?

En ese momento miré a mamá y le sonreí; la abuela no se había hundido en el olvido, sólo estaba cansada.

¿Sabías qué...?

Salta y Jujuy era una zona estratégica para los planes de los realistas del Alto Perú, al ser el paso obligado para invadir el Río de la Plata. Las expediciones patriotas al mando de Castelli y Belgrano habían fracasado tras las derrotas de Vilcapugio (1/10/1813) y Ayohuma (14/11/1813). Salta y Jujuy estaban ocupadas por el ejército realista al mando del General Pezuela (el virrey del Perú al que obedecían era Abascal, luego reemplazado por Pezuela, quedando a cargo del ejército realista La Serna). Los avances tuvieron lugar entre 1814 y 1821.

Panambí

A orillas del río Iguazú, que en lengua guaraní significa “agua grande”, se encontraba un caserío cuyo principal señor se llamaba Tapapirazu. Unos kilómetros más adelante, selva adentro, había otro grupo comandado por su indio principal cuyo nombre era Abangobi y, hacia el norte, quien dirigía la tribu era Tocangucir. Un día Tapapirazu se presentó frente a Abangobi para contarle de unos hombres de piel blanca que habían sido vistos por los guaraníes del sur. ¿Piel blanca? Ellos nunca habían visto algo igual, tanto que Tapapirazu no sabía cómo describirlos. Lo más difícil de contar era el animal que tenían. El cacique trató de usar las palabras adecuadas, pero sentía que no lograba decir lo que le habían contado. Estos hombres blancos montaban perros gigantes, de pelo corto en el cuerpo, pero de pelaje largo en la cola, como el de sus mujeres. Eran animales muy rápidos y asustaban mucho, pero ellos, los blancos, sabían cómo manejarlos.

Dicho esto, Tapapirazu siguió camino, dejando a Abangobi lleno de dudas y de preguntas. ¿Quiénes serían estos hombres? ¿Qué querrían? ¿Serían inofensivos o guerreros? Y sobre todo, la intriga por saber más… porque, ¿cómo podría defender a su gente sin saber contra qué debía defenderlos?

Esa tarde, Abangobi reunió a los hombres más fuertes y a los más sabios y les contó lo que se venía diciendo río abajo. Entre todos decidieron que lo mejor sería alejarse de los extraños hasta no saber lo que querían.



Para no generar pánico, resolvieron comentarlo a las mujeres, pero evitar decirles a los niños, ya que ellos, en general, no se alejaban solos del caserío.

Uno de esos niños era Panambí. En realidad, empezaba a dejar de ser una niña, pero todavía no era una mujer para saber de qué se trataba. Dice la leyenda que cuando Panambí vio por primera vez a un español, ni se inquietó, sino todo lo contrario: se enamoró.

Río abajo, todavía a unos kilómetros de donde Panambí vivía con su madre, venía subiendo un grupo de españoles cuya consigna era explorar las orillas de aquel río. La expedición estaba al mando de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, quien debía realizar un minucioso informe sobre las orillas del Iguazú. Entre su gente estaba Miguel, un chico de dieciocho años. Tenía unos ojos azules de un azul casi imperceptible, un azul que se mezclaba con el color del cielo y que, a su vez, se reflejaba en el celeste del agua. Un azul tan extraño y misterioso, que cautivó la mirada de Panambí.

La expedición no estaba resultando nada fácil. Habían zarpado con el barco desde Cabo Verde y ya en la primera isla tuvieron su primer conflicto. Aquella era una zona muy rocosa y las peñas les habían cortado los cabos que llevan atados las anclas. Al querer sacarlos, las anclas se quedaron en el fondo del mar, como si se hubieran enamorado del lugar y ya no quisieran zarpar. Para los marineros, la explicación más aceptable fue creer que aquél era un puerto con muchos ratones. Pero lo cierto era que no había roedores por la zona, sino simplemente rocas. Finalmente lograron zarpar con la mitad de sus anclas y navegaron durante diez días. Poco antes de volver a divisar tierra, aconteció otra cosa maravillosa. Antes de abandonar la isla, un soldado había subido al barco un pequeño grillo, con el deseo de poder escuchar alguna canción. Pero parece que el grillo nunca quiso cantar, tal vez porque no se sentía cómodo sobre el agua o porque se mareaba con el vaivén de las olas. Cuenta esta historia que una tarde, inesperadamente, cuando todos los marineros estaban en sus puestos, el grillo se puso a cantar. En ese momento se dieron cuenta de que la tierra estaba cerca y que había que tirar anclas porque, de lo contrario, darían nuevamente entre las peñas del fondo del mar. Gracias al grillo, aquella vez el barco no encalló frente a la bahía.

Una vez en tierra la cosa fue muy distinta. Algunos iban a caballo, pero otros a pie y el trayecto a recorrer era largo, muy largo. Al cruzar el río Iguazú tuvieron problemas porque era demasiado fuerte y los caballos se resbalaban entre las piedras. Entonces Cabeza de Vaca ordenó cruzarlo a pie, sujetados todos por una soga en fila india,

aunque ningún indio los acompañaba.

La vegetación fue una de las primeras cosas que sorprendió a Miguel: los troncos de los árboles tenían tal grosor que cuatro hombres, con sus manos estiradas, no lograban abrazarlos; las hojas de las plantas eran enormes y todo le parecía maravilloso. Sin embargo era real, tanto como el pelo lacio y negro de Panambí, tan real como el amor que descubrirían allí.

El camino se hacía cada vez más difícil y la selva cada vez más espesa, casi impenetrable. Álvar Núñez tenía la orden de hacer el relevamiento de aquel río y, por lo tanto, no podía abandonar la expedición a mitad de camino. Pero seguir a pie había dejado de ser la mejor opción. ¡Tendrían que seguir por el agua! Pero, ¿cómo lo iban a hacer, si no tenían botes? Entonces a Miguel se le ocurrió que tal vez podrían pedirle a los guaraníes un par de canoas, a cambio de diferentes cosas que ellos podrían ofrecerles: espejos, ropa e incluso caballos. Así fue como Miguel, junto a otros cuatro hombres (entre ellos, un intérprete), partieron a pie hasta dar con el caserío de Tocangucir, más al norte que el de Abangobi. Mientras tanto, Álvar Núñez y el resto de la expedición esperarían río abajo hasta verlos llegar con las canoas. Y fue así, sólo que no volvieron todos: Miguel se había perdido en el camino. Algunos dijeron que había sido atrapado por un remolino de las furiosas aguas del río; pero la verdad es que fue la misma Panambí quien lo atrapó con su simpleza.

Panambí solía ir mucho a bañarse. Se pasaba horas junto al agua, hablando con los peces y coleccionando piedras. Una tarde, cuando estaba a punto de volver junto a su madre, vio una canoa deslizándose por el agua. Le llamó la atención porque sobre ella iba un hombre que nunca había visto, un hombre con unos ojos increíblemente brillantes, del mismo color del Iguazú. Así se lo contó a su madre cuando volvió.

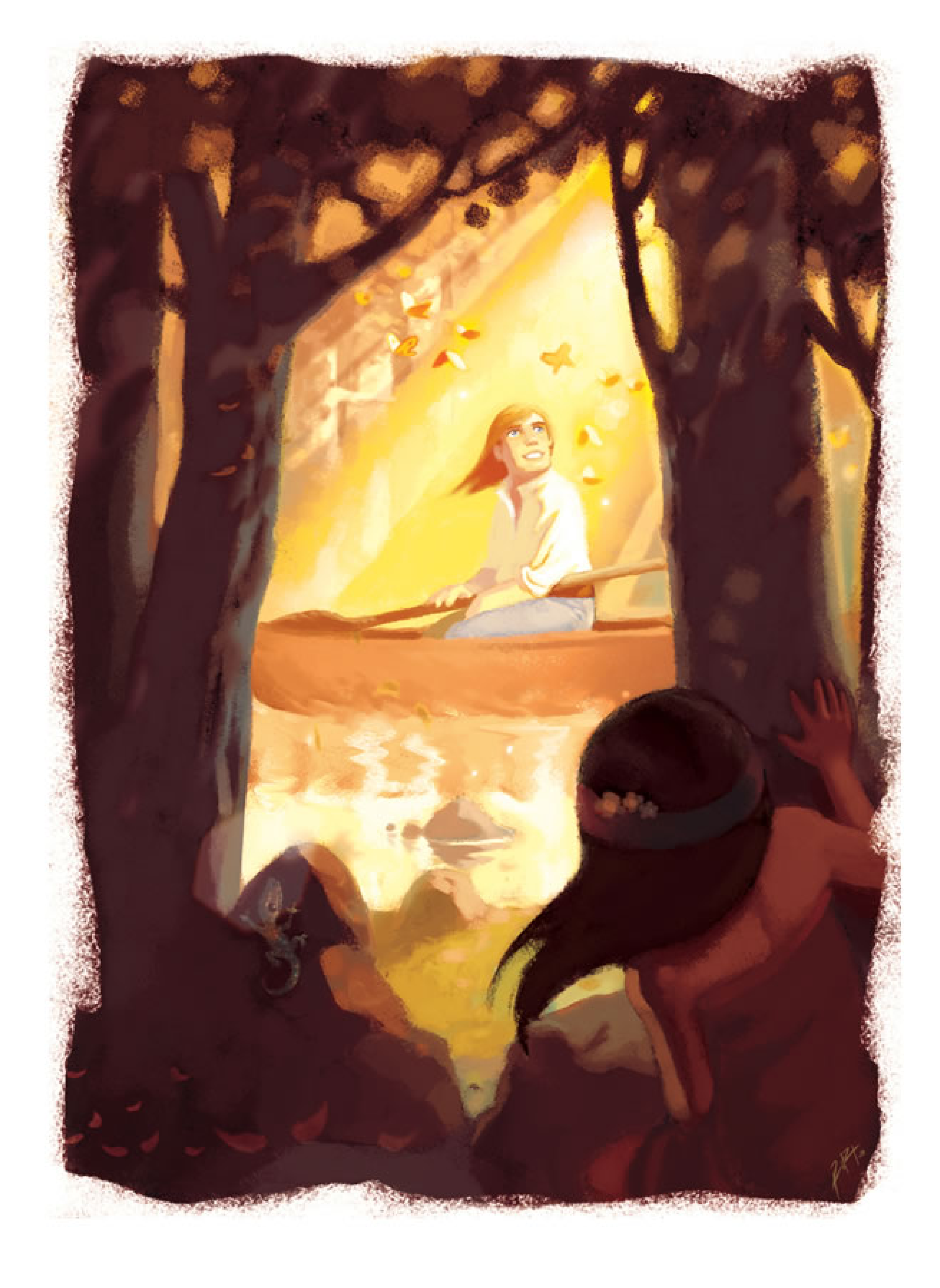
–¡Vi un hombre hermoso! Iba en una canoa que se deslizaba como un ave por el río. Y tenía los ojos del agua.

–¡Panambí! Ése es Pyra Yara, el dios del río y de los peces. No debes mirarlo de frente, si vuelves a verlo debes mirar para otro lado. Y ni se te ocurra acercarte a él.

A la madre no se le ocurrió mejor forma de alejarla de aquel hombre blanco. Nunca supo con certeza lo que su hija había visto, pero supuso que no había sido Pyra Yara, ya que a los dioses no se los podía ver. A pesar de sus palabras, Panambí no pudo dormir en toda la noche. Quería ver esos ojos de cerca, quería saber qué le dirían. Después de haber dado vueltas y vueltas, un poco antes del amanecer, resolvió caminar hacia el río. Allí, en la orilla, vio a Miguel

que esperaba para partir en cuanto el sol diera su primer rayo de luz. Cuando el sol brilló, ellos dos fueron lo primero que iluminó. Desde entonces no pudieron dejar de mirarse. Unos kilómetros más al sur el ruido del río se hacía más intenso, como si una furia hubiera desatado a las aguas. Parecían millones de caballos galopando o una orquesta compuesta sólo por tambores. Pero ni Miguel ni Panambí lo escuchaban, tal vez porque sólo podían oír los latidos de sus corazones.

Cuenta la leyenda que Panambí se subió a la canoa del hombre de ojos azules y que juntos navegaron hasta el gran salto blanco. A medida que se acercaban empezaron a sentir que la canoa se apuraba, como si una mano la llevara desde abajo, como si una fuerza superior quisiera conducirla hasta el corazón del río. Al principio Miguel se asustó; primero se tapó los oídos y los ojos, después hizo la señal de la cruz y finalmente se entregó a la paz con que Panambí lo miraba. Fue entonces cuando descubrió el salto más grande que jamás hubiera visto. Allí, el Iguazú se teñía de blanco como el velo de una novia, un velo que más tarde se llamó Cataratas del Iguazú.



Dicen que la canoa cayó por la cascada y que sólo él pudo salir. Sin embargo, yo creo que Panambí no volvió por otro motivo: porque se había enamorado del hombre cuyos ojos le recordaban a su río.

¿Sabías qué...?

Álvar Núñez Cabeza de Vaca fue un adelantado y gobernador del Río de la Plata. En 1542, parte desde la isla de Cabo Verde hacia el continente. A mediados de enero, después de varios días de expedición, descubre las Cataratas del Iguazú. Hoy existe allí una placa recordatoria. La leyenda de Panambí es de origen guaraní. Una de las caídas de la catarata es hoy conocida como “El velo de la novia” que adorna la cabeza de Panambí.

La difunta Correa

Mi mamá es la mujer más linda del mundo. Y no lo digo yo, por ser su hijo (todos decimos lo mismo de nuestras mamás); simplemente repito lo que escucho. Los hombres vienen a mi casa y dicen lo mismo: que mi mamá es una mujer hermosa. Tiene sólo dieciséis años y tan sólo dieciséis años es lo que me lleva. No es una gran ventaja; por eso sé que la voy a alcanzar y, cuando tenga dieciséis años, me voy a casar con ella. Llegué al mundo hace unos pocos días. Mi papá se llama Baudilio Bustos y es, por ahora y hasta que yo crezca, el esposo de mi mamá. Es un hombre fuerte; lo noto cuando me alza en sus brazos, cuando me toma con esas manos mucho más ásperas que las de mi mamá. Debe ser un buen hombre; sino, ella no estaría a su lado. Por eso, cuando mi papá me agarra, siento que el mundo se hace más grande y que todo alrededor se vuelve pequeñito, casi casi como yo. El nombre de mamá no lo sé. Cuando me habla sobre ella suele llamarse mamá:

–Venga con su mamá –la escucho decir con esa voz que me despierta y me duerme al mismo tiempo. Entonces me pone en su teta y yo busco con un brazo rodearla y, con la mano que me queda suelta, no sé por qué, le agarro un dedo. Me gusta así. A veces la miro a los ojos y quiero decirle algo; pero no puedo, porque cada vez que quiero hablarle tengo la boca llena de leche y la leche me hace olvidar todo lo que quiero decir.



Mi cabeza queda blanca, blanca de leche, blanca por falta de recuerdos, por falta de letras que unan las palabras que todavía no sé decir, blanca como la piel de mi mamá que es más blanca cuando se suelta el pelo largo, negro, bien negro.

Vivimos en la provincia de San Juan, en una casita de tejas, sobre una calle de tierra que se llama Dos Álamos. Pienso que ahora que llegué yo tal vez la llamen Tres Álamos, o tal vez siga llamándose así hasta que mi papá se vaya y yo me case con mi mamá, y entonces volvamos a ser sólo dos. No lo sé. Hoy no sé muchas cosas, porque mi mamá me dejó solo. Está corriendo de un lado para el otro, parece nerviosa y eso no me gusta, porque ella nunca se mostró así. Al contrario, es suave, dulce, lenta como una canción de cuna (canción que, ahora que lo pienso, hoy no me cantó). Tal vez sea por la señora que entró corriendo diciendo que una montonera se había llevado a mi papá. No sé lo que es una montonera, pero por la manera que lo dijo no parecía algo bueno. Me pregunto si volverá. No es que quiera que lo haga, pero sí quiero que me canten la canción y algo me dice que mi mamá no lo va a hacer hasta que no deje de caminar de un lado para el otro, metiendo charqui en una mochila y cargando el chifle con agua.

La mujer que vino a la mañana ya no está. Después de hablar con mi mamá se fue y yo, por la ventana que está sobre mi cuna, sólo escuché llantos y gritos que, a su vez, me hicieron llorar y gritar. Mamá me alzó y pude ver por la ventana más allá del cielo y de las nubes. Había muchos hombres y entre ellos no pude distinguir a mi papá. Se hacía difícil porque mamá me sacudía de un lado para el otro, no sé por qué, si yo ya había dejado de llorar en el mismo instante que me había levantado. Algunos hombres llevaban sables; otros, lanzas; y otros iban a caballo en lugar de ir a pie. Parecía que los que estaban alzados por el animal eran los jefes. Gritaban más, daban órdenes. Eso tampoco lo entendí. Yo estaba a upa y, a pesar de ver todo desde arriba, no se me ocurría gritarle a mi mamá; al contrario, di gracias al cielo y ellos debieron hacer lo mismo, agradecer por el caballo, por los pies ligeros flotando en el aire o descansando en el estribo. Pero no daban las gracias y mucho menos miraron al cielo. Llevaban los ojos juntos, en el medio, cerca de la nariz; y eso me dio miedo. Los brazos de mamá también eran fuertes, tan fuertes como los de papá; y entonces me olvidé de los hombres y de la señora que había entrado hasta este instante cuando vi, en los ojos de mamá, la misma mirada fruncida, mirada de ojos en el centro pegaditos a la nariz.

–Mamá se va –repite ella y yo, que a pesar de seguir sin palabras

puedo entender lo que esa frase significa, me puse a llorar.

–Sh, sh, mi cachorro, no llore; no llore que usted viene conmigo.

Me envolvió en unos trapos, hizo un nudo y me colgó a su cuello. Con la otra mano agarró el cuerno de buey cargado con agua y la mochila con el charqui. Mientras hacía esos movimientos la escuché hablar; no sé si al viento, si a alguien que yo no podía ver, o si me estaba hablando a mí, porque parecía que sí, que me quería decir lo que estaba pasando, qué significaba una montonera, quiénes eran esos hombres y por qué se peleaban con esos cuchillos tan grandes. Mamá hablaba, pero no decía nada; yo no le entendía nada, o a lo mejor ella misma tampoco sabía quiénes eran, dónde estaba papá, qué había dicho la señora al entrar por la mañana en mi casita de tejas.

–Vamos a estar bien –dijo mamá–, sólo hay que caminar unas leguas hasta La Rioja. Nada más tenemos que seguir la huella.

Se siente cómodo acá atrás. Mamá camina y el movimiento empieza a darme sueño. Los ojos se me cierran, pero no quiero dormir. Quiero quedarme con ella, quiero entender eso que está diciendo; pero desde acá atrás se dificulta escucharla. Creo que el sueño finalmente va a vencerme; sus pasos me acunan, el bamboleo armónico, el sonido de su voz, el sol que obliga a cerrar los ojos… El sol está más amarillo que nunca; sus rayos parecen hoy más largos que de costumbre, como si pudiera tocarlos. Tal vez sí, si estiro un bracito entonces pueda agarrar uno y regalárselo a mi mamá. Pero ella no quiere sol, está pidiendo que suba una nube, que una tormenta lo tape o que venga la luna y se lo lleve. ¿Adónde se lo llevará la luna cuando se hace de noche? ¿Faltará mucho para eso?

Mamá paró a tomar un poco de agua. Pasó su mano sobre mi frente y me miró con unos ojos nuevos. No estaban enojados y pegados, pero ahora parecían tristes. No bailaban ni cantaban y eso no me gustó porque los ojos de mamá suelen bailar. Yo imaginaba la música cada vez que ellos se movían de un lado al otro, alegres, voladores, traviesos. Ahora están quietos, fijos, pensativos. ¿Qué pensarán estos ojos nuevos? Yo, con los míos, trato también de hablarle. Le digo que está linda, que parece cansada, que tengo calor adentro de estos trapos. Ella parece entenderme, porque abre la tela para que mi cuerpo pueda respirar.

–Ya falta poco, mi cachorro. Cuando mamá encuentre a tu papá podemos volver a casa. O quedarnos allá, los tres.

No sé dónde es allá, tampoco dónde es acá. Estamos debajo de un algarrobo, bebiendo sombra; imagino que nuestra calle se va a llamar Tres Álamos, porque ella sí o sí quiere estar con mi papá. Hasta que

cumpla los dieciséis y yo pueda cuidarla. Este lugar es muy grande para mí: no veo casas, no veo árboles; sólo tierra seca y cielo eterno. Para donde mire veo cielo y rayos de sol. En la tierra también hay rayos marrones; son como surcos, como ríos secos, como caminos de hormigas hundidos por el constante paso. ¿Estará mamá abriendo un surco con sus pies? Mi cuerpo le pesa, lo sé; le pesa en la espalda, en los hombros, en el corazón, en los ojos cuando me mira.

–Mamá está un poco cansada. Esperemos a la sombra ¿está bien?

Para mí siempre está bien lo que ella me dice. Quisiera ser grande y abrazarla, ponerle su cabeza contra mi pecho y acariciarle el pelo; pero es ella quien lo hace. Le sonrío. El sol se filtra entre las ramas y me molesta, y no me deja verla bien. Siento el olor de la leche, el calor de su piel y el contorno de su teta. Con mi manito libre la rodeo y con la otra mano me preparo para agarrarle el dedo.



Ya no quiero tener dieciséis años, quiero ser un bebito y estar así, junto a ella. Lentamente el calor se va pasando; ya no tengo sed, los rayos ahora se hicieron más chiquitos y me da la sensación de que la tierra también se está mojando. Debe ser mi imaginación, o será un milagro. Puede ser cualquiera de las dos cosas. Pero de repente mi mamá no sólo es la más linda; de repente mi mamá también es santa y, seguro, sabe hacer milagros.

¿Sabías qué...?

Hacia 1820, la Argentina sufría el enfrentamiento interno entre caudillos, las alianzas o pactos de unas provincias contra otras, y la falta de acuerdo entre los unitarios y federales. En este contexto, las levas militares, es decir, la obligación forzosa de los hombres a integrar las milicias o montoneras armadas al mando de un gobernador o caudillo fue, según cuenta la leyenda, el inicio de la historia de la Difunta Correa. Se supone que Baudilio fue alistado y trasladado a La Rioja, decidiendo Deolinda ir tras él. Por la falta de agua y el cansancio, Deolinda fallece en lo que hoy se conoce como Vallecito, en la provincia de San Juan. Desde entonces, su leyenda traspasó las fronteras y se convirtió en una santa popular venerada en todo el país.